

## EL HACHA NOCTURNA

Por ALFREDO LÓPEZ AUSTIN.

Vida y muerte, riqueza y miseria, gloria y menosprecio danzaban en torno de la vida del hombre que, como débil balsa entre la marejada de la existencia, miraba siempre su futuro entre la niebla del temor y la esperanza. ¿Qué aguardaba a cada hombre en el campo de batalla? Tal vez la muerte, tal vez la captura, tal vez la gloria, el honor, el poder, la adquisición de bienes materiales. La vida era un inmenso juego cotidiano, un constante albur en el que tenían que preverse los resultados. Era necesario gozar suavemente la vida cada día, entre flores y cantos, mas sin desconocer, sin tratar de ocultarse que la muerte siempre estaba en acecho. Y aun la muerte misma era otro albur, otra esperanza, otro temor. ¿Cómo se presentaría? Tal vez cubierta de gloria, en la guerra o en el sacrificio, para que el hombre siguiera luchando al lado del Sol; o tal vez destinándolo al paraíso de Tláloc, si era motivada por alguna causa que se relacionara con el agua; o tal vez la perdición total, si era triste y humilde, una muerte común. Y aun sabiendo esto, ¿podía estar seguro el hombre de su existencia en el más allá?

El hombre del pueblo, el macehual, no podía conformarse con la eterna incertidumbre; tenía que buscar el curso visible de la naturaleza en lo sobrenatural. ¿Acaso no era para él lo mismo? ¿No estaba todo regido por la voluntad de los dioses? ¿No era el mundo un inmenso orden que relacionaba íntimamente cada una de sus partes con las otras?

Así, el mundo del macehual se fue llenando de colores, y cada árbol, cada insecto, cada poste, cada utensilio de cocina, fue adquiriendo una vida rica, un poder manifiesto, un rostro definido y un destino: el tecolote anunciaba la muerte con su triste canto; el conejo buscaba al compañero que algún día se ocultaría, como él, en los montes; los postes eran mentirosos;

las piedras de la hoguera podían ser ofendidas. Y en cada signo, en cada respuesta, tenía el hombre un descanso a su mayor tormento, más grande que la muerte y que la deshonra: la incertidumbre.

De ese mundo vigoroso, enriquecido por la imaginación y las pasiones del pueblo, los informantes de fray Bernardino de Sahagún nos legaron un girón de conocimiento a través del que podemos imaginar al macehual espiando, entre las rendijas, el misterio, y de la magna obra se ha traducido aquí el augurio del hacha nocturna.<sup>1</sup>

Ic ei capitulo, uncan moteneoa: in tetzahuitl catca, in tetzammachoia:

in icuac yohualtica quicaquia, in yuhqui aca tlateputzminia:  
in yuhqui cuauhxeoaya,  
in quitoaya, yoyalteputzli.

No ihuan, tetzahuitl catca,  
netetzahuiloaya, tetzammachoia:

in itoca yoyalteputzli.  
Icuac caquiztia, in ouellallimicti-  
motecac:  
in aocac naoti.

In ontlamaceoato, in onacxoyatlalito tlamacazque:

in inflamaceoayan tepeticpac,

in zazo campa ye, onhuia,  
inic mocaquia, inic caquiztia,  
yuhquin aca, tlaxelo, cuauhxeoaya:

Tercer capítulo, donde se dice del agüero, lo que se conocía como augurio:

Cuando en la noche alguno oía como que clavaban algo, como que rajaban maderos, se decía que era el hacha nocturna.<sup>2</sup>

Y era el agüero, se auguraba, se tenía por sabido el augurio

llamado hacha nocturna.

Se hacía oír cuando la tierra del todo se había echado en sueños, cuando ya nadie hablaba en voz alta.

(Cuando) los sacerdotes iban a hacer penitencia (cuando) iban a colocar (ramas de) oyamel (como ofrenda)

en sus lugares de penitencia, sobre las montañas,

y por donde quiera que iban,

se oía, se hacía oír,

como si alguno cortara algo, como si cortara madera.

<sup>1</sup> En el presente artículo se ha traducido íntegro el Capítulo Tercero del Libro Quinto del Códice Florentino. Se ha tomado el texto paleografiado de la obra de Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, Fray Bernardino de Sahagún. Book 4. The Soothsayers and Book 5. The Omens. Santa Fe, New Mexico, 1957.

<sup>2</sup> Sahagún da al augurio el nombre de hacha nocturna. La palabra yohualteputzli significa literalmente cobre nocturno o hierro nocturno. Hacha nocturna se diría en náhuatl yohualteputzcuauhxexeloloni. Sin embargo, respetando la traducción de Sahagún y estando más apegada ésta al significado, por la concordancia con el augurio, se ha dejado el nombre de hacha nocturna.

cenca hueca caquizti, cenca tema-  
mauhqui,  
teyolmicti, tezotlahu.

Muy lejos se iba a oír, muy ame-  
nazador;  
iba a espantar a la gente, a hacerla  
desmayar.

Los sabios aspiran elevarse para conocer a los dioses; pero éstos están siempre más cerca del pueblo. Son para él más humanos, más corpóreos, más llenos de vida, y por qué no, más sujetos a la suerte y cercanos a la destrucción. Según las pláticas del pueblo, el aparecido era Tezcatlipoca mismo que, visible y tangible, venía a burlarse de los mortales. Un hombre valeroso podía luchar con él y aun exigirle, como en la guerra, un tributo.

Inin, yoalteputzli, yuh mitoa, quil-  
mach yehuatl, ipan mixeoaya in  
tezcaltlipuca:

inic teca mocacayaoaya, teca ma-  
huiltiaya.

Quitoo. In aquin quitlaya,  
in mihiuintía, in iyollo quimati,

in amo momauhtiani, in tonallapa-  
lihui,

huel ic momotla: quimomaca,

ayocmo quicahua,

inic huel quittaz, quitlacanotzaz,

huel itech mopiloa, itech motlapal-  
tilia,

inic quitoca: quiteputztoca, qui-  
tlalochtoca,

ipampa inic huel caciz: quittaz,  
in quenami itetzauh:

in yuh conitoo, in aquin huel ca-  
cia, in quitlaya:

oc quitotoca, nohuian quinemitia:

nohuian caaxitia.

Icuac in oquiciammicti, cana otl-  
ca quioalmuchieltia:

Decían que el hacha nocturna  
representaba a Tezcatlipoca,

que se burlaba de alguno y lo es-  
pantaba.

Se decía que si quien oía esto ha-  
bía padecido trabajos, si conocía  
su corazón (metaf. si era valeroso),  
si no era astudizo, si era un man-  
cebo con hado.<sup>3</sup>

en seguida se le arrojaba, se le  
presentaba,

ya no lo dejaba,

para así verlo bien, para retarlo  
como a un hombre;

forcejeaba con él, luchaba con él,

y para esto lo seguía, lo perseguía,  
lo llevaba asido, haciéndolo co-  
rrer,

para así alcanzarlo y ver cómo era  
su aparecido.

Así se decía que quien lo alcan-  
zaba, veía que con dificultad po-  
día apaciguarlo;

insistentemente lo perseguía; lo ha-  
cía estar por todas partes;

en todas partes lo andaba cazando.  
Cuando lo había fatigado, en al-  
guna parte del camino lo esperaba,

<sup>3</sup> La palabra tonallapalihui se compone de las voces tonalli y tlapalihui —des-  
tino y joven—. Es indudable que para el hombre náhuatl, un joven con hado  
era el que había nacido en un día cuyo signo indicara valentía.

auh in ye quitta in ye quitzticac,  
yuhquin tlacatl quechcotonqui,

quechcotocic, quechtepultic:

ihuan elchiquihltapanqui, ella-  
panqui:

in yuh conitoc:

quilmach yehuatl in caquitzti, iel-  
chiquih:

yuhquin ommanamiqui onmocaca-  
mapiqui,

ommopipiqui, onchachacuani.

Auh ye yehuatl, in, in aquin oqui-  
mottiti:

in azo tlamacazqui, in anozo zan  
mihihuintia in yaotlahueliloc:

in icuac in ouel cacic, in ouel qui-  
ttac,

niman ye quimottilia in iyollo:

quicuitihuetzi, quitlalochana,

quimotzoltiztquia, quicotonilia:

ic quitlailanilia, in tlein quimacaz,  
in tlein quinemactiz, in tlein qui-  
macehualtiz:

azo necuiltonolli, azo tlamaliztli,  
azo oquichiotl:

anozo netoliniliztli, azo uictli, azo  
mecapalli:

yuh mitoc, ca much ye quitema-  
ceoaltiaya,

itenamac muchioaya.

y así lo veía, lo estaba mirando,  
que era como un hombre con el  
pescuezo cortado,

con el pescuezo incompleto, con el  
pescuezo perdido

y el pecho abierto, la entraña par-  
tida.

Y dicen

que lo que sonaba era su pecho,

como si se juntaran (sus bordes),  
como si cerrara constantemente su  
abertura,

como si se cerrara constantemente  
una cosa con otra, como si comie-  
ra con escándalo.

Y aquel a quien se había apare-  
cido,

ya fuese un sacerdote, ya un gue-  
rrero animoso que hubiese pade-  
cido trabajos,

tan pronto como lo alcanzaba y  
contemplaba,

le veía el corazón;

se lo arrebatava de prisa; se lo  
asía para arrancarlo;

lo apretaba reciamente con la ma-  
no; lo partía.

Y le pedía que le diera algo,  
que le obsequiara algo, que le hi-  
ciera algún merecimiento.

Tal vez (le diera) riqueza, quizá  
le hiciera cautivar (enemigos), tal  
vez (le diera) virilidad;

o tal vez pobreza, quizá la coa, qui-  
zá el mecapal (metaf. lo convirtie-  
ra en campesino o en cargador).

Y así se decía que era eso todo lo  
que había merecido,

que se había hecho su recompensa.

Tezcatlipoca, como guerrero vencido, regateaba el precio de su derrota. Llamaba a su captor amigo, colibrí; le llegaba a decir enemigo, tal vez para que se atemorizara ante este nombre, ya que no era sino reciprocidad de tratamiento del dios al que los hombres también llamaban Yaotli —El Enemigo—, y así el valeroso que lo había capturado podía saber quién era su contrincante. Si aun persistía en su empeño, le daba a conocer

que se había apoderado de algo íntimamente ligado a su suerte, el nombre propio de su vencedor, una parte de su persona. Por último, le ofrecía una espina como rescate. Un hombre valeroso no aceptaba tan poco. Tres o cuatro espinas sí eran suficientes.

Auh intla ye quinotza, quilhuia:

Tocniuhitze, huitzitle, yaotle:  
tle tinechilhuia, tle tinechnequilia,  
xinechcaoa:  
nimitzmacaz in tlein ticnequi:  
uel niman ic tenotzaia, ic quitlacatocayotiaia,  
in aquin tlein itoca, in ipiltoca.

Auh quilhuia in macehualli, in oquimottiti:  
amo nimitzcaoaz, ca onimitzan.

Ic uncan quilhuia, izca ce huitztli:  
nimitzmaca, xinechcaoa:  
amo quicelia, amo quiuilitta, in yollochicaoc:  
quinicuc quicaoa, intla eei, anozo ye nahui, quimaca huitztli:  
in quinextia, quinezcayotia, tlamatiuh in yauc, amo nenquizaz:

izqui caciz in oquintenehuilli, in oquimacac huitztli:

ic much uncan, quimaceoaltia in tlalticpac paquiliztli, neyollaliztli:  
in xuchitl, in yietl, in netlamachtilli:  
in tilmatli, in tenzacatl, in tlalpiloni.

Y si se le hablaba, contestaba (el aparecido):

“Amigo nuestro, colibrí, enemigo, ¿Qué me dices? ¿Qué deseas de mí? Déjame.

Yo te daré lo que quieras.”

Y entonces lo nombraba, lo llamaba por su nombre, cualquiera que fuese su nombre, su nombre de noble.

Y le decía el hombre que lo había encontrado:

“No te dejo, que yo te he cautivado.”

Y a esto le contestaba: “He aquí una espina; te la doy; déjame ir.”

No se aficionaba a ella, no la miraba bien el de esforzado corazón. Sólo lo dejaba si le entregaba tres o cuatro espinas, que descubrían, que significaban su destreza en la guerra, que no se esforzaría en vano;

que se afamaría cautivando a tantos (enemigos) como espinas había tomado.

Con esto se hacía merecedor ahí de lo que daba alegría y consolución sobre la tierra:

las flores, el tabaco, la riqueza,

el manto, el bezote largo, el colgajo.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> El doctor Angel María Garibay K., en su “Vocabulario de las palabras y frases en lengua náhuatl que usa Sahagún en su obra”, traduce la palabra tlalpiloni como colgaje, borla, franja colgante como insignia de guerreros. *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún. Tomo IV. México, 1956.

Pero no todos los hombres tenían el suficiente valor para enfrentarse por mucho tiempo a Tezcatlipoca. Alguno arrebatadamente arrancaba el corazón, y lejos iba a descubrir su suerte. Si su vida había sido buena y recta, grandes bienes podía esperar. Pero el corazón de Tezcatlipoca podía también juzgarlo y enviarle miseria.

Auh ioan mitoa, iuhca in nenonotzalli, in tlatlatolli:  
in aquin amo quitlatlatoltia, zan huel niman quicotonilia, quitlatzocotonilia in iyollo:  
ixpampa yehoa,  
motlaloa in oquicotonili iyollo:  
cana quitlatia, huel quiquiquimiloa, quitepitzilacatzoa:

quinicuae in otlathuic quittac,

in quiteittitia, intla cualli, intla yectli:

in conitta: iztac ihuitl in molontica,  
anozo huitztli, azo ce, anozo ume, ic quinextia ca cualli, in imaceoal: omochiuh.

Auh in tlacamo cualli, in conitta: tecolli, anozo tzotzomatli, ic quinextia, in zan icnoyotl, netoliniliztli, oquimaceoalti:

Y se decía, así era el dicho, la plática constante,  
que el que no le obligaba a hablar, y sólo le partía, le rompía el corazón,

echaba a huir de él,  
huía partiéndole el corazón;  
en alguna parte lo escondía; lo envolvía constantemente; lo envolvía apretadamente,  
y entonces, hacia el alba, lo miraba,

para que le mostrara si había sido bueno y recto.

Si veía una menuda pluma, blanca y suave,  
o espinas, una o dos,

en seguida descubría que algo bueno era lo que había merecido.

Y si no era bueno, veía un carbón o un andrajo.

Así descubría que sólo miseria y pobreza había alcanzado.

Podía suceder también que quien se topare con el aparecido fuese un hombre cobarde. Nada bueno podía esperar, pues el dios se burlaba de él por largo tiempo, atormentándolo con tremendos temores, ya que era un hombre sin base, sin fundamento, que no merecía otra suerte más digna que el escarnio.

Auh in aquin, amo cenca tonallapalihui,  
in amo itzin, amo itzitzin, in mauhcacatlacatl:

amo can huel cana, zaniyo quicauqui, zan icampa  
ontlacuecuetlaxoa, ontlacuecuechacaoa:

amo huel quitoca, zan onciammiqui,

Y si alguno, que no fuese un manco con mucho hado,  
sin base, sin fundamento, un hombre cobarde,

no lo agarraba, sólo lo oía detrás,

se amortecía, abandonaba aquello estremeciéndose,

no lo perseguía, se fatigaba,

onmociauhcanequi, mimiqui in  
 inacayo,  
 za utlica chachapantih, ayocmo  
 huel nenemi:  
 ic quimati in zan oquitetzahui  
 yoaltepuztli,  
 zan ica onmocacayauh, ica omma-  
 huilti:  
 azo cocoliztli, miquiliztli:  
 anozo icnoyotl, tlacuyutl, tlatlacu-  
 lli, in oquimacac:  
 inic oquimotlac.

se cansaba, se le amortecían las  
 carnes;  
 iba a echarse al suelo por el cami-  
 no; ya no caminaba bien.  
 Sólo pensaba que tenía el agujero  
 del hacha nocturna,  
 que por algún tiempo lo escarnecía  
 y lo espantaba  
 con la enfermedad, con la muerte,  
 con que le daría miseria, esclavi-  
 tud, pecado  
 por haberla encontrado.

La noche, con sus innumerables sonidos, era un reto. El Ene-  
 migo descendía para jugar un poco con los hombres, y en sus  
 juicios premiaba o castigaba la conducta y el valor. Una vez  
 más se unían el destino y el esfuerzo. No era la predestinación  
 tan fuerte que pudiera regir la vida sin la colaboración de la  
 voluntad humana; pero había la posibilidad de inquirir un  
 poco lo que se mantenía oculto entre la niebla del futuro.

